

Introducción

Las difíciles condiciones sociales y laborales de la población indígena se vienen agudizando cada vez más por los problemas económicos de las regiones rurales. Como resultado de un desequilibrio ecológico, los grupos indígenas se han visto impulsados a intensificar las estrategias de supervivencia sustentadas en la migración, principalmente de tipo campo-ciudad. La llegada de esta población a las zonas urbanas de las ciudades de nuestro continente, resulta así un fenómeno socioeconómico, político y sociológico sumamente relevante.

En términos generales, la población indígena se ha enfrentado a muchos cambios socioculturales y de las economías modernas. El embate de los procesos de internacionalización de la economía y de la globalización ha incidido de manera negativa en sus pequeños mercados locales, desplazando sus actividades principales con predominio en el sector primario hacia actividades terciarias de sobrevivencia. Si bien el proceso migratorio supone un desplazamiento geográfico de un nicho ecológico a otro con fuertes impactos sociales, culturales y ambientales, el movimiento hacia las ciudades no implica una transformación significativa de las realidades económico-laborales de los indígenas.

Las y los indígenas establecidos en las ciudades, trabajan y viven en condiciones de precariedad: habitan colonias en las periferias urbanas que, por lo general, se conformaron a partir de procesos irregulares y sin acceso a servicios, retardan su inserción laboral o acceden a empleos en condiciones de precariedad. En materia educativa, los niños abandonan pronto la escuela para contribuir al ingreso familiar, lo cual propicia un importante fracaso escolar.

A todos los anteriores indicadores que refieren a condiciones estructurales, se suman las experiencias cotidianas de discriminación que las y los indígenas viven en distintos espacios e instituciones urbanas, es decir, mecanismos, valores y prácticas desarrollados desde las instancias públicas que propician tratos diferentes y desiguales, y que dificultan la efectiva inserción y adaptación de los grupos indígenas en las ciudades.

Una vez instalados, los inmigrantes indígenas se ven obligados a enfrentar los estereotipos producidos por las culturas urbanas y a convivir con ellos; cotidianamente chocan con la incomprensión respecto del valor de su lengua y de sus costumbres por parte de instituciones y espacios públicos, renuentes a reconocer las diferencias y corregir las desigualdades en un contexto en que las condiciones precarias de la población indígena urbana se expresan en rezago económico, discriminación y segregación socio-espacial.

Así, las ciudades y sus habitantes (pobladores) no indígenas segregan a los indígenas a espacios residuales, excluyéndolos de la planeación y la construcción de la ciudad y del sistema social urbano. Las políticas públicas y las políticas sociales urbanas no se construyen con la participación efectiva de la población indígena, lo cual se refleja en su contenido. Generalmente, las mismas se elaboran para poblaciones “pobres” y “vulnerables”, dentro de los cuales suele ubicarse a la población indígena, asociada a la idea de “campesino”. Relacionado con lo anterior, existe una clara vocación de los programas para atender las áreas rurales y la población perteneciente a ellas, ignorando las condiciones laborales, culturales y de vida de la población indígena que transita y vive en las áreas urbanas, así como su permanente conexión con los entornos rurales.

Los diecisiete capítulos de esta obra, organizados en cuatro partes, se basan en investigaciones realizadas en los últimos años sobre las problemáticas de la población indígena cuando reside o migra a las ciudades de las Américas. En ellos se analizan las condiciones socioeconómicas de los indígenas que viven en estos espacios urbanos y las distintas formas de ocupación, así como los avances y retrocesos en materia de políticas públicas con perspectiva intercultural, principalmente, enfocándose en la política social y en el cumplimiento de los derechos sociales en torno a la salud, educación, vivienda, trabajo digno, ocupación de la ciudad y cultura. Los trabajos también muestran las visiones de la población indígena, su relación con las instituciones públicas y con grupos y sectores de población no indígena en diferentes ámbitos sociales y espaciales de las ciudades. Destacan los distintos procesos de discriminación, especialmente la invisibilización de la población indígena que reside en las ciudades, invisibilización que se da tanto en las estadísticas oficiales, como en las políticas públicas y los imaginarios sociales urbanos.

Para reflexionar sobre estos procesos, políticas e identidades propusimos realzar su complejidad, asumiendo lo indígena como una cuestión que tiene un carácter conflictivo y problemático; ello supone privilegiar la tensión entre la tendencia a asimilar a las y los indígenas a la cultura occidental y una mirada culturalista que, al acentuar el respeto por las diferencias, aísla y despolitiza

el asunto y corre el riesgo de atraparlo en lo local, restándole su capacidad de politizar la discusión en colectivos sociales más amplios.

Desde los años setenta, la inserción del indígena al mundo urbano viene creando bases materiales y culturales que permiten la recreación étnica y la producción de identidades, de tal manera que las ciudades se han convertido en un escenario donde indígenas y no indígenas están interconectados cultural, social y económicamente en espacios interdependientes atravesados, empero, por relaciones de poder desiguales y excluyentes.

La primera parte del libro, “Políticas públicas incluyentes-excluyentes para indígenas urbanos”, reúne cinco capítulos que tratan sobre las políticas públicas y su evolución, así como sobre las disputas y efectos que ellas han tenido y tienen, en cuanto a la dinámica inclusión-exclusión de la población indígena en contextos urbanos de Norte y Sudamérica: distintas ciudades de Estados Unidos y Argentina, la región amazónica de Colombia y Ecuador, y la principal ciudad del eje cafetero de Colombia.

Esta sección comienza con el aporte de Susan Lobo, referente continental del tema indígena, que en su texto “Indígenas urbanos en los Estados Unidos” nos muestra que el 65% de un total de 5.200.000 personas autoidentificadas como indígenas en ese país viven en ciudades, es decir, fuera de reservas o regiones rurales; como participantes de un proceso migratorio que data de los años cuarenta del siglo pasado, los indígenas tienen una residencia dispersa en la ciudad, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los países latinoamericanos, donde los grupos étnicos se aglutinan en barrios o colonias pobres de las ciudades. A partir de esa dispersión, “la comunidad indígena” y su organización social se manifiesta mediante redes de relaciones sociales que enfrentan estereotipos y falta de comprensión del gobierno federal, entre ellos, una marcada invisibilización por parte de las agencias oficiales, prestadores de servicios sociales y fondos para proyectos de desarrollo que afectan el acceso al trabajo, a la vivienda, salud y educación, y obligan a las redes a mitigar por su cuenta dichos problemas.

En el segundo documento, “Políticas Públicas y Etnicidad en poblaciones indígenas urbanas del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) y Norpatagonia, Argentina”, Juan Manuel Engelman, María Laura Weiss y Sebastián Valverde muestran que, desde la mitad del siglo pasado, la periferia de diferentes ciudades argentinas se constituyó como lugar de asentamiento de grupos indígenas expulsados de sus territorios ancestrales. Los autores reflexionan sobre el modo en que se reconfiguran las relaciones interétnicas en el juego entre políticas públicas y procesos socio-organizativos que llevan adelante los sujetos indígenas Qom, Moqoit, Kolla y Guaraní en asentamientos del AMBA

y Mapuche en la zona cordillerana de Norpatagonia. Estas reconfiguraciones replantean los vínculos que tienen las y los indígenas con los territorios originarios, vínculos que suponen distintos procesos de fortalecimiento identitario.

El trabajo de Margarita Chaves y Giselle Nova, “Urbanización indígena en la Amazonia colombiana. Apuntes críticos para la definición de políticas incluyentes”, analiza las tendencias de la migración y el desplazamiento indígena hacia centros urbanos de Putumayo, una zona de colonización amazónica en el suroccidente colombiano y área de frontera internacional; el proyecto migratorio de estas poblaciones tiene que hacer frente a procesos de segregación social, problemas para incorporarse a la dinámica económica de la ciudad, así como a restricciones al acceso al suelo urbano. Las autoras se enfocan en la redefinición de las formas de vida indígena que plantean estos tipos de movilidad espacial, especialmente, las prácticas económicas y financieras que soportan la urbanización y el papel que juega el acceso al dinero en la construcción de la ciudadanía. El documento argumenta que el hecho de asegurar un acceso monetario, propiciaría la movilidad social de la población indígena y contribuiría a volver más incluyentes a las políticas públicas.

En el cuarto trabajo titulado “Ciudades del milenio: ¿inclusión o exclusión indígena en la nueva Amazonía ecuatoriana?”, Cristina Cielo, Fernando García Serrano, Ivette Vallejo y Natalia Valdivieso problematizan la pretendida inclusión de las Ciudades del Milenio en playas de Cuyabeno, Pañacocha y una tercera en construcción en la comunidad A’i cofán de Dureno, nororiente de la Amazonía, provincia de Sucumbíos, y plantean las maneras en que estas ciudades refuerzan, más bien, la exclusión de las poblaciones kichwas y mestizas. Las autoras y el autor refieren que este modelo afecta la base de la reproducción y sustentabilidad de las comunidades, pues las vuelve dependientes del mercado, con la incertidumbre de solventar los costos de infraestructura y tecnologías a partir de una oferta de generación de fuentes de empleo en la estatal petrolera que no ha sido satisfecha; ello origina situaciones de precariedad e inestabilidad que impiden sostener que las Ciudades del Milenio sean sustentables en términos sociales, culturales o ambientales.

El último documento de esta primera parte, “Las fronteras de la inclusión y la repulsión: discriminaciones o visibilidades en las experiencias cotidianas de los universitarios indígenas en Manizales” sustentado desde Colombia por Guillermo Alejandro Dabbraccio Krentzer, describe a los jóvenes indígenas que provienen del Amazonas colombiano y estudian en la Universidad Nacional de Colombia, la institución de educación superior más importante de ese país. El trabajo presenta los espacios de inserción social y académica de los estudiantes indígenas en una ciudad como Manizales, así como los procesos de exclusión

que se dan en los diversos espacios urbanos; a partir de entrevistas a jóvenes indígenas universitarios, el autor indaga sobre la forma en que las universidades colombianas integran –o no– los saberes ancestrales con las dinámicas específicas del mundo académico y la forma en que se expresa el bilingüismo, la lecto-escritura y las propuestas de investigación de estos jóvenes.

La segunda parte de la obra, “Cuestión social y derechos humanos”, trata la forma en que se expresa la cuestión social indígena en ciudades de regiones distintas de centro y suramérica: Brasil, Colombia, México, Costa Rica y Perú; aborda la manera en que se asume esta cuestión desde el Estado y cómo se pone en juego la garantía efectiva de sus derechos. Inicia con el trabajo “Protección social y cuestión social de los indígenas urbanos en ciudades transfronterizas del alto solimões” que presenta desde Brasil y en portugués Heloísa Helena Corrêa da Silva (Proteção social e questão social dos indígenas urbanos em cidades transfronteiriças do alto solimões). El documento problematiza la cuestión social de los indígenas urbanos y la protección social que los distintos estados nacionales ponen en juego en espacios transfronterizos de las ciudades de la triple frontera: Tabatinga (Brasil), Santa Rosa (Perú) y Leticia (Colombia). Enfocándose en la ciudad de Tabatinga y en la niñez y adolescencia, Corrêa da Silva efectúa un trabajo con aportes metodológicos interdisciplinarios, a partir de la investigación documental y del intercambio de experiencias científicas y socioculturales con investigadores de los referidos países.

De igual manera, en el segundo documento de esta sección, “Pobreza multidimensional de la población indígena que habita la zona urbana de la ciudad de Medellín, Colombia”, Liliana Gallego-Duque y Guberney Muñeton Santa presentan un estudio sobre la medición de la pobreza multidimensional que va más allá de los resultados en sí y se plantea el reto metodológico de abordar sus causas y determinantes. A partir del enfoque de las capacidades y del desarrollo humano –especialmente las capacidades de Martha Nussbaum–, efectúan entrevistas semiestructuradas que buscan entender las categorías asociadas a la pobreza multidimensional en la ciudad y una encuesta de calidad de vida, aproximándose a las distintas privaciones y limitantes que tienen las y los indígenas en Medellín, grupo que presenta el mayor nivel de pobreza multidimensional.

En el tercer trabajo, “Indígenas en tres ciudades caribeñas de sureste mexicano: percepciones de la discriminación y tensiones en su identidad”, Jorge E. Horbath muestra los procesos de marginalidad de indígenas que migran desde sus comunidades hacia las zonas urbanas de la región sureste de México. En el documento, el autor presenta el marco normativo internacional y mexicano que ampara los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales (DESCA) de las y los indígenas y, mediante técnicas cualitativas, expone la discrimina-

ción que viven en ámbitos educativos, de salud, vivienda, trabajo y ocupación de la ciudad –base para el acceso a los DESCAs–, así como sus percepciones respecto de estos procesos y a su vida en las ciudades.

Esta segunda parte culmina con el trabajo de Mauricio López-Ruiz, “Poblaciones indígenas, movilidad y regímenes de derechos en salud en Costa Rica”, que destaca la forma en que se han dado las acciones afirmativas en favor de las poblaciones indígenas por parte del sistema público de salud costarricense. El autor subraya que, pese a la relevancia que tienen los discursos sobre los derechos humanos y sociales, en Costa Rica subyace aún la figura de un sujeto anclado geográficamente a zonas rurales y territorios indígenas, relegando las necesidades de indígenas que, por distintas razones, migraron temporal o permanentemente a las ciudades y zonas urbanas de ese país.

La tercera parte del libro, “La ocupación de la ciudad”, reúne cuatro trabajos que reflexionan sobre el tipo de espacialidad que actual e históricamente han venido construyendo las y los indígenas en relación con otros actores y grupos, en distintas zonas y microespacios de las ciudades y zonas metropolitanas de las capitales de Costa Rica, Ecuador y Guatemala. En el primer documento de la sección, “Espacialidad indígena en la urbe: el caso de los Ngöbe-Buglé en el Gran Área Metropolitana (GAM) de Costa Rica”, Lenin Mondol López muestra el aceleramiento de la migración indígena Ngöbe hacia la metrópoli a partir del año 2005, cuando indígenas costarricenses y panameños de los territorios del sur, que en principio se trasladaban a fincas para la recolección de café, fueron cambiando su destino hacia San José; la capital muestra una presencia variopinta y “marginalizada” de la población indígena, presencia que es diferencial de acuerdo a la edad y el género.

El segundo documento, “El barrio y la calle, otro espacio de exclusión social. Caso indígenas urbanos en la ciudad de Quito” de Freddy Enrique Simbaña Pillajo, se sustenta en una investigación antropológico-etnográfica realizada en 2012 sobre el eje de la calle Chimborazo del centro histórico de Quito, capital de Ecuador, que enfatiza en las relaciones entre la población indígena, los blancos mestizos y las diversas instituciones estatales, además de mapear los procesos organizativos y las formas de incidencia en la gestión para la definición de programas y acciones de institucionalidad, vinculados a pueblos indígenas urbanos desde los años noventa en el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito. El autor encuentra que la permanente presencia de los grupos indígenas en este sector no es bien aceptada por los que se consideran vecinos antiguos, atribuyéndoles la causa de muchos de los problemas urbanos de la zona en una evidente estigmatización hacia la población indígena.

También desde Ecuador, Ana María Goetschel, Eduardo Kingman Gracés, y Erika Bedón, con su documento titulado “Comercio, ciudad y cultura popu-

lar”, abordan el estudio del comercio popular en la ciudad de Quito desde una perspectiva histórica y antropológica, como un largo proceso de constitución de sectores populares ocupados en el comercio y en los oficios de la calle. Los autores acentúan el hecho de que buena parte de ese comercio provenía de los pueblos y las comunidades de indios cercanos a la urbe, pero también de indígenas y mestizos urbanos dentro de los cuales ocupaban un lugar destacado las mujeres; el análisis visibiliza las acciones civilizatorias del Estado y los ciudadanos.

Finalmente, Claudia Dary Fuentes presenta “La tortillería: de la tradición al trabajo semiesclavo de jóvenes indígenas en la ciudad de Guatemala” que cierra esta tercera parte del libro. Su investigación muestra el proceso de intensificación de la migración de jóvenes indígenas –principalmente del grupo k’iche’– a la ciudad de Guatemala, debido a la persistencia de la pobreza en sus comunidades originarias. La autora expone la manera en que esta actividad ancestral y feminizada se inserta en un espectro laboral socialmente permitido para los pueblos indígenas en Guatemala; destaca el gran número de mujeres jóvenes indígenas involucradas –muchas de ellas menores de edad– y la forma en que sus empleadores, en muchos casos también indígenas, las explotan laboralmente, lo que ha motivado inclusive su captura y ha llevado a la emisión de algunas leyes de protección a la niñez y adolescencia. El caso habla de nuevas formas de trata de personas e inclusive de trabajo esclavo que persisten, entre otros aspectos, porque una mayoría de guatemaltecos han naturalizado la imagen de la niña y de la joven indígena atada irremediablemente al comal y al trabajo doméstico.

La cuarta y última parte del libro denominada “Identidades e imaginarios sociales”, reúne cuatro documentos que analizan las condiciones de vida de distintos grupos indígenas migrantes a espacios urbanos de México, Brasil, Argentina y Chile, y muestran cómo se van complejizando sus identidades y procesos de autoidentificación en contextos de movilidad en los que sobresalen diversos estigmas, discriminaciones e imaginarios sociales. Esta sección inicia con el primer trabajo “Vivir y ser indígena en la Zona Metropolitana de Guadalajara, México”, en el cual María Amalia Gracia analiza los procesos de exclusión y discriminación que experimentan los indígenas urbanos en las interacciones que tienen en espacios sociales e institucionales y su visión sobre algunas de las características de las políticas públicas urbanas. La autora afirma que en México los derechos indígenas no son reconocidos en ámbitos urbanos y que, frente a la discriminación étnica, lo más usual entre los distintos grupos étnicos que residen en Guadalajara es invisibilizarse o mimetizarse, lo cual, lejos de suponer pasividad implica la generación de diversos procesos organizativos de acuerdo a las características culturales, al momento de llegada y a la inserción residencial y laboral lograda por las distintas personas y grupos indígenas.

El segundo documento de la sección, presentado en portugués desde Brasil por Claudina Azevedo Maximiano, se titula “Jovens indígenas e a cidade: relação entre estigma e identidade étnica”. En este trabajo, la autora muestra la singular relación entre jóvenes adolescentes indígenas y un espacio social específico: el barrio de Santa Inés (conocido como el “pueblo”) de la ciudad de Santa Isabel del Río Negro (AM), con el que las familias residentes se identifican y el cual genera efectos de lugar, en tanto condición estigmatizante, para los llamados “grupos de amigos” moradores del barrio, considerados en las narrativas como los jóvenes adolescentes “más violentos”. Al mismo tiempo, “el pueblo” se idealiza como lugar de origen y los adolescentes y jóvenes que pertenecen al movimiento indígena se apropian de él, colocándolo como referente para construir y asumir sus identidades étnicas.

En el tercer capítulo de esta sección, “Mujeres quechuas y aymaras provenientes de Bolivia, salud reproductiva y agencia en contextos restrictivos de acceso al sistema sanitario en Córdoba y Comodoro Rivadavia (Argentina)”, Brígida Baeza y Lila Aizenberg analizan las experiencias de salud reproductiva de las mujeres migrantes bolivianas a las ciudades argentinas de Córdoba y Comodoro Rivadavia, en contextos de sistemas sanitarios con múltiples barreras al acceso. Las autoras privilegian los activos comunitarios que las mujeres despliegan en la experiencia migratoria y observan que es fundamental incluir en el análisis los aspectos de género y su intersección con las categorías de etnicidad, nacionalidad, clase y generación para explicar las representaciones, tensiones y contradicciones en la atención hospitalaria hacia los grupos indígenas en estas ciudades estudiadas.

En el capítulo final de la sección y del libro, “Indígenas urbanos en Chile: imaginarios sociales de la identidad mapuche en la frontera del Biobío”, Andrea Aravena Reyes y Claudia Cerda Zúñiga indagan sobre los imaginarios sociales de la identidad mapuche desde la perspectiva de personas mapuches y no mapuches en medios urbanos modernos de la Gran Concepción. Las autoras, que vienen trabajando de manera minuciosa y desde hace décadas sobre este grupo étnico originario de Suramérica, aseveran que los actuales imaginarios de la identidad mapuche en los medios urbanos son el reflejo de la historia de ocupación y colonización que afectó a esta región y de las diversas políticas de etnogubernamentalidad que sucedieron al retorno de la democracia en Chile, así como de sus formas de relacionamiento y autoidentificación en el espacio urbano de la Región del Biobío.

Jorge Enrique Horbath y María Amalia Gracia
Chetumal, febrero de 2018.